casa de Teresa, no sin haber colocado el resto de su oro en los bolsillos.

CAPITULO X.

UNA POCA DE AGUA.

A eso de las nueve de la noche llegó Blanco á la Villa de Guadalupe, y su primer cuidado fué rodear la casa de Doña Laureana. Midió la tápia, que por baja que fuese, no era muy fácil de escalar, y en seguida la registró por sus cimientos; hacia un estremo habia un monton de piedras, y algunos matorrales. Varias veces pasó Blanco por allí, sin ocurrírsele registrar por aquella parte, y se decidió al fin por practicar una horadacion.

—Tengo toda la noche, y esta pared es de adoves, fácil me será con la ayuda de mi gran daga abrir una brecha: y se puso á quitar los primeros fracmentos de ladrillo colocados en

CAPILLA ALFONSINA

tre las junturas de los adoves. Llevaba algun tiempo de trabajo cuando oyó cierto ruido en el matorral; fuese en derechura hacia aquella parte que no habia registrado, y al ruido de sus pasos vió deslizarse un gato blanco que se perdió entre las piedras.

—¡Si este animal se comunica con el interior, su gatera es ya un buen principio de horadacion, pensó Blanco, veamos!

Y separando las malesas se encontró con varios escombros, tocó la pared y reconoció con suma sorpresa que la horadacion que pensaba practicar, estaba hecha de antemano, y perfectamente disimulada por la parte de afuera.

Arrastrose Don Joaquin y bien pronto asomó la cabeza al nivel del pátio de Doña Laureana: penetró dificilmente por una estrecha abertura, y se encontró en un chiquero de cochinos: desde allí observó: no cabia duda, aquel era el pátio y allí estaba el monton de arena. Doña Laureana dormia seguramente, y Blanco podría maniobrar libremente.

Saltó los palos que formaban el chiquero y fué derecho á la arena. Se aseguró de nuevo de que estaba solo, y se agachó á reconocer su monton. Le pareció de pronto que éste se hallaba removido.

—¡Vah! se dijo, habrán andado sobre él, pero como mi pañuelo está en el fondo, no habrán podido tocarlo con los piés.

Y su puso á registrar. Metió un brazo hasta cerca del hombro.

No encontró nada, y sintió un susto mortal. Siguió revolviendo la arena, y el pañuelo no parecia, hasta que por último, se decidió á deshacer el monton.

Tomaba arena con ambas manos y la arrojaba hacia un

lado, se servia otras veces de sus dos manos como de una pala, y arrojaba arena, pero siempre le parecia que avanzaba poco. Fatigose un tanto y se levantó para escarbar con los piés, pero sus piés le parecian pequeños, y la arena se deslizaba, sin lograr estender el monton: volvió á trabajar con las manos, y lanzaba arena hacia todos lados con furor creciente; comenzaba á desesperarse, y sacudia violentamente los brazos para quitar arena, pero la arena no disminuia, no parecia sino que se estaba reproduciendo, y que su trabajo era una especie de condenacion como la de Sísifo; redobló sus fuerzas, y comenzó á lanzar arena por todos lados, sin acertar en los movimientos, cuando derrepente sintió una avalanche que le vino á la cara y se quedó ciego.

Se habia atestado los ojos de arena.

Por una fatalidad los estaba abriendo desmesuradamente, cuando se echó á sí mismo dos puñados, y la parte humeda de sus ojos recibieron de lleno la arena seca como la marmaja vertida sobre un borron.

Una horrible blasfémia se escapó de sus lábios, y llevando las manos á los ojos violentamente, comenzó á restregarlos; pero á poco sintió un ardor horrible.

Estubo á punto de gritar; pero se acordó del dinero y sufrió en silencio.

Una idea, la única que podia equipararse á la del oro, lo preocupaba tenazmente.

¡Agua!

¿De dónde tomar agua para recuperar la vista?

Comenzaba á sentir fuertes dolores, y no veia nada, absolutamente nada.

—¡Agua! ¡agua! pensaba, y tentando, y arrastrandose, co-

CAPILLA ALFONSINA

menzó á recorrer el cuadrado del pátio en busca de algun trasto que por casualidad hubieran dejado abandonado.

Tropezaba con piedras, con macetas y con palos, pero ni una gota de agua.

Y el escozor de los ojos se hacia insoportable. Habian bastado los primeros restregones, para producir una inflamacion creciente, en virtud de la multitud de cuerpos estraños, que permanecian adheridos en los párpados húmedos.

Hubiera necesitado muchas lágrimas para arrastrar en su corriente aquellas arenas que á Blanco le parecian una playa; pero sus lágrimas eran insuficientes; la fatalidad negaba á este desgraciado, el consuelo de todos los desgraciados; sentia sus ojos resecos y ardientes como á la accion del fuego.

No podia tocárselos sin sentir fuertes ardores. y por que en sus manos conservaba todavia mas arena adherida, á causa de la faena, que en los ojos.

Entre tanto seguia registrándolo todo á tientas, descansaba á ratos fatigado y rabioso, y volvia á tentar, repitiendo mil veces, ¡agua! ¡agua!

Despues de arrastrarse como un gusano por largo tiempo en todas direcciones, y de lanzar imprecaciones y blasfémias feroces, se dejó caer, muerto de pena y de cansancio.

Llegó á olvidar el oro por una poca de agua.

Sin saber donde estaban ni el montón de arena, ni el chiquero que le proporcionaria la salida, permaneció tirado, entregado á su desesperacion.

Se mordia las manos hasta hacerse sangre y arrojaba espuma sanguinolenta por la boca.

—¡Ira de Dios! ¡una poca de agua! ¡Maldita vieja, que no tiene una poca de agua! en todas las casas hay agua. ¿Como es posible que aquí no haya un trasto con agua, aunque sea súcia, ah....¡maldicion!....¡maldicion!.....

Derrepente oyó toser á Doña Laureana y se incorporó.

—¿Me habrá visto? pensó.

Pero la tos seguia de vez en cuando, y salia distintamente de la pieza cerrada en que dormia la vieja. No habia duda, estaba recojida, pero despierta. En vano procuraba Blanco dirijir la vista hacia el lugar donde salia el eco de la tos, para cerciorarse de si Doña Laureana tenia luz en su habitacion; por todas partes, no veia Blanco mas que manchas rojas y lucesitas amarillas que como chispas errantes, vagaban en un abismo negro y espantoso.

No habia duda, estaba ciego; y mientras mas tardara en encontrar el agua deseada, mas crecería la inflamacion de los ojos.

¿Que hacer pues, en tan desesperada situacion? Llamaría á Doña Laureana, ¿pero esto no sería lo mismo que denunciarse? ¿como justificaría su presencia en aquel lugar y á aquellas horas? ¿No le habian visto salir en un coche, en compañía de Aldama y de Quintero?

Estos sabrian que Blanco habia vuelto á la Villa á pié y Doña Laureana lo vendería, declarando que habia entrado furtivamente y esto lo perdería.

Su plan habia consistido hasta entonces, en que nadie supiera que habia vuelto á la Villa de Guadalupe. Pero si no pedia socorro, si no podia disponer de una poca de agua, ¿como encontraría la salida, y aun en el caso de encontrarla

como caminar ciego, como volver á la ciudad sin ver el camino?

Su situacion se hacia cada vez mas espantosa.

De la desesperacion, pasó al abatimiento, sentia una aflicción horrible.

Aquel abismo negro que tenia delante, poblado de chispas, se hacia cada vez mas profundo y mas aterrador.

Mil sombras fantásticas comenzaron á ajitarse en su imajinacion. Le parecia sentir que se acercaban á aprehenderle, que unos soldados lo arrastraban á un negro calabozo, desde donde pensaba en la horca, y que él, indefenso y ciego, nada podia hacer contra sus enemigos.

En medio de esta confusion de ideas y de presentimientos creyó ver la sombra de su madre, de su madre cariñosa y tierna casi olvidada por él, abandonada en la Península de España, porque él habia querido hacer fortuna sin pararse en los medios.

—¡Mi madre, madre mia, murmuró sollozando, no me maldigas, madre mia.....no me maldigas....tal vez estés en el cielo, mírame, mírame y dame una poca de agua....una poca de agua nada mas!....

Y la ternura de que Blanco se sintió tocado, henchía las glándulas lacrimales, pero el líquido era insuficiente para labar sus ojos, los dolores redoblaban y los ojos seguian ardientes.

—¡Si pudiera llorar! ¿qué haré para llorar? Ah....pero yó no se llorar....¿Acaso he llorado nunca por mi madre? ella me lo escribia.."Tal vez no lloras por mí como yo lloro."

—¡Ah....no....es imposible....es imposible!....

Y Blanco ocultó su frente entre las manos.

En medio del terror que le inspiraba su soledad y su situacion, Blanco se consolaba con oirse á sí mismo, de manera que la mayor parte de las frases de su monólogo, las habia pronunciado en vos baja, pero perceptible.

Le parecia que su vos era un compañero, y contestaba á sus preguntas para oirse á sí mismo.

Tuvo en seguida un acceso de marasmo, y asi como no veia no pensaba.

Parecia que sus facultades intelectuales habian sufrido una pronta parálisis despues del dolor y de la desesperacion.

La noche era ya bien entrada y el resplandor de las estrellas brilló, cuando hubieron desaparecido los negros nubarrones que cubrian el firmamento.

En uno de los ángulos del pátio se habian estado destacando hacia rato las siluetas de una muger y de un niño.

Eran dos formas escuálidas é inmóviles, pero sus contornos eran perceptibles.

Lentamente se fueron acercando á Blanco que permanecia boca abajo, apoyando la frente en sus brazos cruzados.

—Joaquin, dijo una voz.

Blanco pensaba estar delirando.

—Joaquin, oyó distintamente, y se incorporó: pero era inútil, un horrible dolor respondia á cada uno de sus movimientos.

—¿Quién es? se atrevió á decir muy quedo.

—No me ves, ni me verás nunca.

—Por fin ¡estoy ciego!

—¡Ciego del alma!

—¡Oh....quien quiera que seas dáme agua!

—¿Veniste á buscar agua?

CAPILLA ALFONSINA

—Nó, pero quiero agua, nada mas agua.

—El agua vale mucho dinero.

—La compraré, te pagaré tu agua á peso de oro.

—Vale mas todavía.

—La pagaré, la pagaré.

—Eres pobre.

—Nó, eso no es cierto; tengo dinero. Dáme agua y te daré mucho dinero, sufro mucho.

—Lo veo.

—¡Doña Laureana, Doña Laureana, por fabor, por Dios santo, agua!

—Yo no soy Doña Laureana. Doña Laureana está acostada, óyela.

En este momento se oía la tos de Doña Laureana.

—¡Ah.... pues quien quiera que seas, dame agua, y te daré mi vida y cuanto poseo!

—Estamos convenidos: toma.

Y aquella sombra produjo el ruido mas armonioso que Blanco podia oir en aquel momento, el de un chorro de agua vertido sobre la tierra.

—¡Dámela, dámela! gritó Blanco estendiendo los brazos.

—Toma, repitió la sombra poniendo delante de Blanco un cántaro con agua. Es agua del *Posito*, que es milagrosa.

Blanco se apoderó con ánsia del cántaro, é iba á introducir una mano cuando oyó que la sombra le dijo:

—Pero no cuentes mas con tu oro, porque ya no existe.

—¡Me lo robas!

—Lo emplearé en misas para tu alma, dijo la sombra alejándose y dejando oir una risita burlona.

—Blanco se levantó de un salto para lanzarse sobre la

sombra, pero sus piés tropezaron con el cántaro que tenia delante.

El chasquido de los tiestos y el ruido que el agua hizo la derramarse, detuvieron á Blanco como herido de un rayo.

Apenas habia lanzado una postrera maldicion, cuando cayó de nuevo sobre los húmedos restos del cántaro.....

Entre tanto, las sombras de la muger y el niño habian trepado sobre los palos del chiquero, y se deslizaban por la horadacion para ganar el campo.

CAPILLA ALFONSINA

CAPITULO XI.

¿EN DONDE ESTA MI HIJO?

Al punto á que hemos llegado de esta historia, nos vemos precisados á al dar lector algunos datos acerca de uno de nuestros personajes.

Una tarde del mes de Octubre del año 1785 entraba por la garita de San Lázaro, una pequeña caravana, compuesta de dos españoles montados en buenos caballos, una muger enteramente cubierta, que cabalgaba en una yégua blanca, y un muchacho trepado sobre dos bultos de equipaje que cargaba una gran mula parda.

Los cuatro viajeros, aunque bien molidos á causa de la buena jornada de ese dia, dirijian sus curiosas miradas hacia

CAPILLA ALFONSINA

todos lados, con esa inquietud propia de el que despues de un largo viaje, llega á un centro de poblacion importante.

—¡Gracias á Dios que llegamos con bien! dijo uno de los españoles á su compañero.

—¿Esta es la tierra de promision?

—Al menos, dentro de diez años, no nos conocerán en el Barrio de Triana.

—Si és que volvemos.

—De volver tenemos, amigo Curro.

—Pero muy ricos.

—Naturalmente, que bien merecido lo tenemos, solo con haber atravezado esos caminos.

A este punto los viajeros habian llegado á un costado de la Iglesia de la Santisima Trinidad, cuando un nuevo ginete les salió al encuentro.

Era un dependiente de la casa de comercio á la cual venian consignados Don Pancho San Juan y Don Nicolás Buendia: ambos de veinte á veinticinco años.

—Perdonen ustedes caballeros, ¿vienen ustedes de Veracruz?

—Cabalmente, dijo Don Pancho.

—¿Son ustedes los Señores San Juan y Buendía?

—Para servir á usted, contestaron á un tiempo.

—El principal me envió á recibir á ustedes.

Hace ocho dias, que hago un paseo por las tardes á la garita, de órden del principal.

—Están muy malos los caminos, y mi compañero se enfermó en la Puebla de los Angeles, dijo San Juan.

—El principal me ha encargado los conduzca á la casa.

—Estamos á sus órdenes, paisano.

El enviado habia estado fijando curiosas miradas á la muger que venia en la yégua y al muchacho que estaba sobre las maletas.

—¿Traen familia? preguntó el enviado.

—Es una pobre Señora, á quién hemos acompañado desde la Veracruz.

—¡Pero ahora!....

—Ahora la abandonaremos, paisano, dijo Buendia.

Y dirijiéndose á la muger.

—Señora, le dijo, aqui tenemos que separarnos, y sentimos mucho no poder ofrecer á usted casa, por que, como hemos dicho á usted, venimos consignados.

—Doy á ustedes las gracias, y no olvidaré jamas sus favores y su buena compañia.

Apeate Manolo, añadió, dirijiéndose al muchacho, quién se deslizó suavemente por el anca de la mula, y tomándola despues por el ronzal la entregó á Buendia.

Los tres españoles se despidieron, y la muger y el muchacho se pusieron á vagar en busca de alojamiento.

Despues de haberlo pedido inútilmente en varias casas, una muger que habia presenciado la última negativa, se acercó á la forastera diciendo:

—Venga su merced conmigo, que aunque pobre, tengo mejor corazon que esas malas pécoras.

La forastera aceptó agradecida tal oferta, y siguió á la muger hasta la Candelaria de los Patos, á la misma casita adonde Aldama y Quintero preguntaron á la tia Teodora la buena ventura.

La propietaria de aquella casita, realmente desplegó todas las atenciones de la hospitalidad, al grado de captarse

CAPILLA ALFONSINA

en poco tiempo, no solo la gratitud, sino la confianza de la forastera.

Esta era una mulata como de cuarenta y cinco años, aunque á juzgar por el aniquilamiento de su rostro, representaba mucha mas edad. Su color era ligeramente bronceado, sus lábios poco abultados, á pesar de su raza, estaban siempre contraidos por la falta de los dientes superiores, sus ojos tenian una mirada penetrante y viva, como los de una jóven: las primeras canas empezaban á emblanquecer su negra y risada cabellera.

Hablaba poco y tenia cierto aire de dominio y supremacía, propio de las almas fuertes que han sufrido mucho.

Los que sobreviven en la lucha con la adversidad, tienen, efectivamente, el derecho de creerse fuertes.

Son los condecorados del sufrimiento.

Esta muger habia sufrido mucho, y estaba ya en el último periódo de su vida, en el que, corrido el telon del mundo delante del drama de un corazon, espera aquel protagonista que sobrevive, solo y triste, la tumba de su cuerpo, sentado en la tumba de sus mejores dias.

—Justo es, decia una noche á su generosa amiga, que sepa usted mi historia.

Nací en la Habana el año de 1744. Mis padres eran ricos comerciantes en azúcares, y en mi juventud me ví rodeada de cuantas comodidades y grandezas puede apetecer una reyna.

Una tarde, mi padre quiso dar un paseo por la playa, y nos llevó á mi madre y á mí. No bien hubimos llegado al puerto cuando vimos mucha gente agrupada en espera de una embarcacion procedente de la Península de España.

Era una fragata mercante, llamada "La Trinidad," y de

cuyo capitan habia yo oido contar hacia poco tiempo mil proezas de valor y de audacia.

Este capitan era el primer hombre por quién habia sentido amor.

Tenia yo catorce años cuando me enamoré de él, y despues de algunos meses de inocentes amores partió. Tenia yo pues, viva ansiedad por volver á verle. Hacia tres años que no le veia y me felicité interiormente, no sin dejar conocer mi emocion, de que mi padre hubiera querido llevarme al puerto.

A medida que avanzaba el barco, crecia mas mi ansiedad, como la de todos los que contemplaban henchidas las velas de aquella hermosa embarcacion, que se acercaba majestuosamente hacia nosotros.

Presenciamos la maniobra de arriar las velas, y notamos cuando votaron las anclas.

A poco rato se acercaba hacia nosotros un bote con ocho remos. Allí venia el capitan.

—¡Allí está Don Eduardo Manrique! se oia esclamar por todas partes.

El capitan saltó á tierra seguido de otros dos caballeros y saludó á mi padre y á mi madre, y en seguida á mí.

Yo estuve á punto de desfallecer de emocion.

En la noche fué á visitarnos. Algo muy elocuente debieron decirle mis ojos, y algo habia en los suyos de irresistible, que nos comprendimos sin hablarnos.

Al despedirse, pasando junto á mí, me dijo muy quedo.

—Luego, por el jardin.

Despues de una hora, la casa estaba silenciosa. Yo habia entrado á mi dormitorio, y en vez de dirijirme á mi lecho

CAPILLA ALFONSINA

me paré frente al tocador: allí tenia yo flores, tomé una y la prendí entre mis cabellos.

Me asomé á la ventana, que daba al jardin. La noche estaba hermosísima; la luna llena lo iluminaba todo con una luz vivísima, y una brisa fresca, traia hasta mi habitacion el aroma de los azahares y de los jazmines; el agua de las fuentes brillaba como en ráfagas de plata, y parecia que el silencio, la luna, la brisa y las flores, me convidaban á gozar de aquel espectáculo delicioso.

"Luego, por el jardin" habian sido sus palabras. ¿Deberé esperarlo? me preguntaba ¿que pensará de mí? pero si no le espero va á creer que le desprecio.

Luché por algun tiempo, por que no se me ocultaba que estaba haciendo una locura; muchas veces quise desistir pero no pude, era mi primer amor, mi porvenir estaba escrito, yo no podia luchar con mi destino.

De pronto percibí entre los naranjos, la figura del capitan que se acercaba á mí.....

Hubo un momento de silencio y de vacilacion.

Mi padre, continuó, nunca quiso poner rejas de hierro en las ventanas de su casa, y estas se elevaban una vara del piso del jardin.....

.....

Manrique se dió á la vela á los tres dias.

Dos meses despues, mi padre se empeñó en casarme con un rico comerciante, con quien tenia grandes negocios. Yo me negué enerjicamente, pero mi padre me confesó que su fortuna dependia de mi enlace: antes de dar mi respuesta, tuve una conferencia con mi futuro esposo, y le confesé mi falta.

Convino en casarse conmigo, no exijiéndo que le amase ni

prometiéndo amarme, y acepté.

A poco tiempo era yo la muger de Don Pedro Nuñez.

Supe por él mismo, que Manrique era casado.

Mi vida desde entonces fué un infierno. El trato brusco y grosero de mi marido y sus constantes recriminaciones amargaban mis dias, y no vivia yo mas que para llorar, y con mis lágrimas, mi amor á Manrique crecia constantemente.

Mis sufrimientos se redoblaron despues que hube dado á luz á mi primer hijo.

Este niño nació en una ausencia de mi marido, que duró seis meses.

Este periódo fué para mí, como un descanso necesario para sufrir mas despues.

Mi hijo querido, el hijo de Manrique, vivió el tiempo necesario para que yo pudiera sentir las delicias del amor mas grande que puede imajinarse.

Manrique y mi hijo, eran los dos nombres en que para mí se encerraba el mundo.

Pero una noche se presentó mi marido de improviso en mi habitacion. Cerró tras de sí la puerta, y yo quedé helada de terror. Nadie me habia anunciado su regreso. Nunca entraba á mi cuarto de dormir.

—Teodora, me dijo: yo no puedo permitir que ese niño permanezca en mi casa.

Yo no podia hablar, estaba atónita.

—Ese niño, continuó, saldrá de aquí inmediatamente.

—¡Por piedad Nuñez! ¿Que he de hacer con mi hijo?

—Cederme su valor al menos.

—¡Venderlo! ¡Y vienes á proponérmelo!

—Nó, á exijirlo.

CAPILLA ALFONSINA

—Esa es una infámia.

—Mi marido se sonrió de una manera feroz.

—Bien sabias, repuse, que al casarte conmigo.....

—Lo sabía; pero desde entonces pensé en que podian pagarlo bien en el mercado.

—Reflexiona en que tendrá que aparecer como hijo tuyo.

—Ese niño desaparecerá esta noche, y en su lugar quedará eso.

Y mi marido desembozándose, arrojó sobre mi cama el cadáver de un niño de cuatro meses, que traia bajo la capa.

Al verlo me estremecí de terror, y arrojé un grito que se ahogó en mis lábios, al sentir una horrible bofetada.

—¡Nuñez! dije temblando de ira, ¡Nuñez! ¡eres un cobarde!....

—¡Silencio! me dijo, nádie sabe que estoy aquí; y ¡ay de tí, si me descubres! ¡tiembla entonces!

Mañana enterrarás ese cadáver, haciéndolo pasar por el de este niño que guardaré en sitio seguro, y endonde pueda yo matarlo si me denuncias.

—¡Nuñez, mátame á mí, pero no te lleves á mi hijo! ¡Nuñez, por Dios!

Y me arrojé á sus piés, llorando y suplicando.

El me oyó con una calma, que me hizo tener alguna esperanza, y me desasí de sus piernas que tenia abrazadas; pero no bien se sintió libre, de un salto estuvo en mi cama, arrebató á mi hijo, y salió de la habitacion. Corrí en su seguimiento, pero la puerta habia sido ya cerrada por fuera, y caí al suelo sin sentido.

Volví en mí, cuando la luz inundaba mi rostro, y me incorporé. Lo primero que se presentó á mis ojos, fué aquel cadáver amoratado, asqueroso y desnudo en el lugar que ocupaba mi hijo, y me sobrevino un acceso de desesperacion.

A mis gritos vinieron los criados, y me encontraron casi loca.

Los criados de mi casa habian sido habilmente sustituidos esa noche por órden de mi marido por otros á quienes núnca habia yo visto.

Les habian dicho que estaba yo loca, por la muerte de mi hijo.

Quise salir de aquella habitacion, y despues de la casa, pero no me lo permitieron, so pretesto de que estaba loca. Me trasladaron á otra pieza, á cuya puerta habia una criada cuidándome.

Despues de pensar todo el dia en la manera de fugarme, finji estar tranquila, dando como prueba de estar en mi juicio, confesar que aquel cadáver era el de mi hijo. Estas palabras se me hicieron repetir delante de muchas gentes que yo nunca habia visto, y esto hizo cambiar mi situacion. Estaba libre.

Al oscurecer salí sola sin ser vista, y atravezando toda la ciudad, me dirijí á la casa de mis padres.

Mientras yo caminaba con la esperanza de encontrar un consuelo en la casa donde tan feliz habia vivido, tenia lugar allí, una catástrofe espantosa.

Los negros del Ingenio de mi padre se habian revelado contra él, y habian acuchillado á mi madre, á mi padre y á algunos dependientes, á eso de las seis de la tarde; y cuando yo estaba próxima á llegar á la casa, esta era presa de las llamas hacia tres horas.

Un amigo de mi familia, me recojió de una calle donde

CAPILLA ALFONSINA

quedé privada, al oir la funesta noticia, y nada supe de mi hasta un mes mas tarde en la convalecencia de una fiebre que me sobrevino, segun supe despues, por que de esta enfermedad no pude tener nunca ni el menor recuerdo.

Aquel buen amigo era el Señor Marqués de Flores: hombre caritativo y generoso á quién le debí la vida y los únicos consuelos que pude oir en mi desgracia.

Mi único afan, era buscar á mi hijo, y el Marqués no perdió ocacion ni medio para conseguirlo.

Despues de un año de lágrimas y de estar ausente de la Habana mi marido, quiso el Marqués gestionar ante la justicia, pero uno de los escribanos, puestos en mi casa la noche de la catástrofe, nos manifestó la declaracion que habia yo hecho ante testigos, de que aquel niño que estaba en mi cama era mi hijo. Ademas nos dijo que habia pendiente y suspensa por mi demencia, segun aparecia, una acusacion de mi marido en que podría probar, que yo habia matado aquel niño.

Como el niño muerto segun declaracion del facultativo estaba ya en descomposicion cuando se divulgó su muerte, la acusacion de mi marido se fundaba en hechos que no podian combatirse, sino con la declaracion de los criados despedidos con anterioridad.

Fué preciso prescindir de gestionar ante la justicia.

Merced á los servicios del Marques, pudimos averiguar que mi marido habia sido el instigador de los negros á la rebelion, pues cuadraba á sus miras por el mal estado de los grandes negocios que seguia con mi padre, hacer desaparecer los libros del escritorio y el archivo; pero de este hecho no habia constancia ninguna.

No podia ser mas odioso este mónstruo.

La amiga de Teodora habia estado perpleja durante esta relacion. La mulata pareció tomar aliento para continuar.

CAPILLA ALFONSINA